

El indiano en la novela realista

I. El mito del indiano

En el último cuarto del siglo XIX y en los primeros lustros del siglo XX, el indiano es un personaje familiar en muchos sectores de la sociedad española. Su figura constituye un modelo a seguir y se convierte en el símbolo vivo de una utopía: que es posible romper una vida miserable y acceder a otra llena de holgura y comodidad. Un cambio que aparece en la óptica del adolescente o del niño que sufre estrechez y miseria en su entorno familiar, como una especie de milagro que corona de modo casi indefectible unos años de duro trabajo fuera de la patria.

Todo un conjunto de cuentos, leyendas y canciones contribuyó a diseñar la figura heroica del indiano, alimentando el sueño y el afán de aventura de unas gentes que sólo a través del «milagro» o de un profundo viraje que la realidad histórica no permitía entrever, podían pensar en salir de su difícil situación a veces rayana en la miseria. Todo este corpus de literatura oral y escrita en cuyo análisis no es posible adentrarnos en la presente ocasión, sirvió en buena medida para poner en pie el mito del indiano, al tiempo que enmascaró y ocultó las escasas posibilidades de promoción social que ofrecía la realidad española, sobre todo para los grupos más necesitados. En fin, unas veces la misma miseria, y otras el balance favorable que presenta la comparación de las oportunidades que se ofrecían a una y otra orilla del Atlántico, fueron factores que alentaron el impresionante trasvase de población que tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XIX —y muy especialmente a partir de la crisis de los años ochenta— desde algunas zonas superpobladas de la Península hacia países de otros continentes.

Aunque es difícil precisar el volumen total de salidas durante los últimos lustros del siglo XIX, sí parece que puede fijarse en unas 400.000 personas el saldo migratorio medio para el primer decenio del siglo XX.¹ Es evidente que si esta cifra la descomponemos buscando la parte que en ella corresponde a cada provincia, los números se tornan más significativos y permiten trazar una geografía muy clara de la emigración españo-

¹ *Amando de Miguel se refiere a la imprecisión que para la cuantificación de los emigrantes ofrecen tanto el método directo como el indirecto. El primero debido tanto a las ocultaciones como a los embarcos que se realizaban fuera de la Península; el segundo porque no siempre las cifras censales resultan fiables y enmascaran además, los movimientos de los años intermedios. Vid. A. de Miguel, «La emigración española a América a finales del siglo XIX y principios del XX», en Cuadernos del Norte, número monográfico dedicado a los indianos. Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, n.º 2, pp. 7-16 (s.f.). El autor da cuenta del número de salidas, entradas y saldo migratorio anual desde 1882 hasta 1920. Vid. también C. Botella, El problema de la emigración. Madrid, Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1888.*

la. No es mi propósito entrar en este tema, pero sí desearía poner de relieve en razón de la fuente utilizada, la alta participación que en la misma cupo a la región cantábrica y a la región asturiana². El hecho atrajo la atención de pensadores de distinta procedencia ideológica, si bien las reflexiones que encontramos al respecto resultan unas veces parciales, otras inexactas y siempre incompletas, consideradas al menos desde nuestra actual perspectiva; no obstante, lograron sensibilizar a ciertos sectores de la opinión pública, especialmente en aquellas regiones que se veían particularmente afectadas por este fenómeno. De los años ochenta data la primera *Estadística de Emigración e Inmigración de España*, de 1881 son los dos únicos informes publicados en el siglo XIX sobre la emigración asturiana, y en 1881 se crea una comisión especial dedicada a estudiar los problemas en torno a la creciente emigración. Parece, pues, que el tema movió a la reflexión en el último cuarto del siglo XIX, y que ésta se centró fundamentalmente en la valoración del fenómeno y en las causas del hecho migratorio.³ Posteriormente, los historiadores han vuelto sobre este tema deseosos de seguir la trayectoria del emigrante en los países de llegada, de señalar los contactos de todo tipo que mantuvo con la península durante esos años, y de valorar adecuadamente la reinserción en la sociedad española de aquellos que decidían regresar a la patria. De todas formas el tema ha sido escasamente tratado, si bien cuenta con excelentes aproximaciones.⁴ Las fuentes de que al respecto dispone el historiador son innumerables; yo por mi parte desearía fijarme solamente en una: la novela realista. Ello marca ya las coordenadas temporales que enmarcan esta aproximación al mundo de los indianos: se trata de las últimas décadas del siglo XIX.

² Es conocida la tradición migratoria de ambas, pero será en la década de los cincuenta —coincidiendo con la crisis de subsistencias de 1854—, cuando aumente considerablemente el volumen de salidas, para dar un nuevo salto en los años ochenta, coincidiendo con la agudización en España de la crisis general que, en Europa, comienza en los setenta. Vid. J. Nadal, *La población española (siglos XVI-XIX)*. Barcelona, Ariel, 1973, p. 186. Es difícil indicar cifras exactas, por ausencia de datos, en lo que a estas provincias se refiere; señala Canellas que en 1861 el gobierno de la provincia en Asturias expidió 2.484 pasaportes para ultramar. El crecimiento del fenómeno durante los últimos lustros del siglo XIX lo certifican las estadísticas. Recientemente el hecho ha sido valorado en estos términos: «Entre 1883 y 1898 salieron hacia América un total de 63.000 personas con un promedio de 4.500 emigrantes anuales [...] tendríamos pues un total de 90.000 personas, de 1860 a 1900, y unas 110.000 si tenemos en cuenta las salidas desde 1835. La cifra es ciertamente considerable pues supone un 17 % de la población asturiana en 1900». Vid. G. Ojeda, J.L. San Miguel, en «La emigración asturiana a América», Cuadernos del Norte, op. cit., p. 70. En lo que respecta a Cantabria, sin descender a datos tan precisos, puede afirmarse que su demografía estuvo también muy condicionada por el fenómeno migratorio.

³ El gobierno lo consideró como algo negativo y la prensa se hizo eco de la sangría que suponían estos trasvases de población, y ello no sólo en razón de su cuantía sino por lo que tenían de selección a la inversa, ya que partían en plena juventud hombres audaces, de gran iniciativa, para regresar en edad madura, cansados de trabajar y deseosos de disfrutar cómodamente de las riquezas obtenidas. La Correspondencia de España en 1911, alude precisamente a este hecho; vid. D. Pazos y García, *Política social agraria de España*. Madrid, 1920. Por lo demás, conviene advertir que la crítica coetánea más generalizada desenfoca tal vez la cuestión al fijarse fundamentalmente en las causas de carácter local, sin relacionar suficientemente el fenómeno con los cambios generales de la economía europea.

⁴ Me refiero a los ya citados Cuadernos del Norte. Recientemente en Cuba, tengo noticias de que se está trabajando el tema desde la perspectiva isleña, es decir, dando cuenta de la sangría que supuso para Cuba la enorme exportación de capitales. En este sentido vid. el artículo de Áurea Matilde Hernández Muñiz, *Los indianos: su incidencia en la economía peninsular y en la política colonial (1868-1898)* (cortesía de la autora, en prensa).

II. La aparición del tema en la novela

La obra literaria constituye una fuente de inestimable valor en el análisis de cualquier situación histórica, especialmente en lo que se refiere al estudio de las mentalidades y de la vida cotidiana. Ahora bien, en el caso que examinaré —años de la Restauración—, la fuente adquiere una importancia excepcional, ya que al estar determinada por unos principios que apelan al análisis y a la observación de la realidad como instrumentos de la creación literaria, los mundos recreados por los escritores guardan una correspondencia inmediata con los universos reales en que se encuentran inspirados y se convierten en unos archivos peculiares de incuestionable valor para el historiador. En este contexto es por tanto lógico que el tema de la emigración encuentre un fuerte eco en la literatura y en el folclore de la época. Eco que apenas hará referencia a la inmensa muchedumbre que fracasa o que muere a la otra orilla del Atlántico,⁵ pero que fija su atención en los hombres que regresan habiendo superado satisfactoriamente la aventura.

Por la procedencia norteña de un considerable número de escritores durante el último cuarto del siglo XIX, por la importancia de la fachada cantábrica en orden a la emigración americana, por la inmensa sangría que suponen estas salidas masivas y, desde luego, por la significación que objetivamente corresponde al capital y a los grupos sociales conectados con América en la transformación que se produce en España a fin de siglo, es lógico que el indiano ocupe un puesto importante en la temática y en la tipología social de la literatura española de este período, y es lógico también que el tema experimente distintos enfoques en función de la propia personalidad del autor y en función de la situación histórica en que aparezca el personaje.

Debido a la magnitud de la fuente literaria y a lo limitada que, por razones obvias, ha de ser nuestra aproximación al tema, he seleccionado cuatro novelistas —Clarín, Palacio Valdés, Pereda y Pérez Galdós—, que juzgo muy significativos tanto por su procedencia regional —los tres primeros son de la fachada cantábrica— como por su propia mentalidad y por los años en que escriben. ¿Por qué mayoría de escritores de la fachada cantábrica? Obviamente porque allí la emigración adquiere un volumen extraordinario que da al hecho una especial relevancia, y lo convierte en un componente de la vida cotidiana que constituye para muchos un camino cargado de esperanza. *La Ilustración Gallega y Asturiana* de 1879, señalaba que en aquellas regiones todo el mundo sabía «sin conocer el tecnicismo económico [...] que aquí hay mucha oferta de brazos y poca demanda; mientras que allá en América sucede todo lo contrario».⁶ En realidad, la presión demográfica, el carácter arcaico de la agricultura, los rendimientos

⁵ Es interesante a este respecto la novela de J.F. Marsal, *Hacer la América: biografía de un emigrante*. Barcelona, Ariel, 1972. También el cuento de «Clarín», Boroña expresa la enorme frustración personal, a pesar de la riqueza conseguida, de muchos de los emigrantes a su regreso a la patria.

⁶ «La emigración en Asturias y en Galicia», en *La Ilustración Gallega y Asturiana, 1879. El estudio de Fuente Martiáñez sobre la despoblación de España (1929)*, nos proporciona los porcentajes de inmigración para las distintas regiones españolas en el período 1857-1920, apud A.M. Bernal, «La llamada crisis finisecular, 1872-1919» en AA.VV., *Política, economía, legislación y cultura. I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España*, dirigido por M. Tuñón de Lara. Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 245.